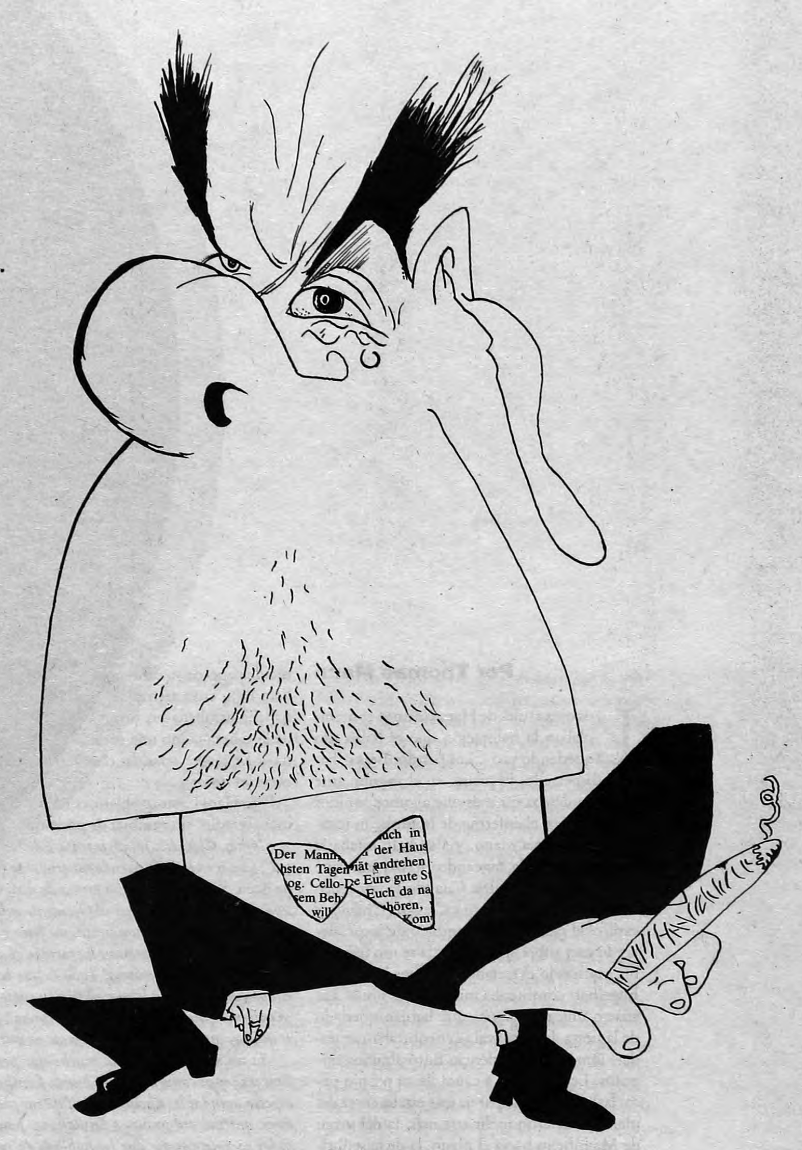


Hans Castorp se declara

Por Rodrigo Fresán

Cómo elegir una "mejor parte" dentro de la obra de Thomas Mann? Gritos de quienes apuestan al pacto fáustico y dodecafónico de *Doctor Fausto*, los que insisten en navegar en góndola las aguas pestilentes de *La muerte en Venecia* o los que preferirán esa foto de familia movida que es *Los Buddenbrook*.

Lo lamento mucho, pero yo me quedo con *La montaña mágica*, escrita entre 1911 y 1923 y una de las novelas más extrañas jamás escritas y, al mismo, tiempo, perfecto exponente de la Novela Total Europea donde –dentro del edificio de un sanatorio de luxe para tuberculosos de altura– hay espacio para discusiones filosóficas, disquisiciones sobre tratamientos médicos, teorías sociológicas, sesiones espiritistas y muchas cosas más.

Pero por encima de todo y de todos, lo que resulta imposible de olvidar en *La montaña mágica* son las encendidas páginas centrales, su cima argumental antes de iniciar el descenso: una antológica declaración de "amor virósico" escrita en francés por Mann para ser recitada por el arrebatado enfermo imaginario Hans Castorp a la inolvidable Clawdia Chauchat, mujer bellísima cuyo único defecto es abandonar siempre las habitaciones dando portazos. Este es el fragmento que elijo de una novela de premisa kafkiana (alguien que llega de visita a un hospital por unos pocos días para visitar a un primo para acabar quedándose allí años) para alcanzar un final casi tolstoiano con un joven héroe corriendo por la monstruosa felicidad de un campo de batalla de una Europa enferma de gravedad en el que encontrará –Mann no lo precisa–la inmortalidad o la muerte.

En su breve *Relato de mi vida*, Thomas Mann reflexiona acerca del inesperado éxito de *La montaña mágica*: "Los problemas de la novela no eran, por su propia naturaleza, apropiados para la masa, pero a las personas cultas les parecieron problemas candentes, y la indigencia general había proporcionado a la receptividad del gran público aquella exacta *exaltación* alquimista que había constituido la auténtica aventura del pequeño Hans Castorp (...) Yo no me engañé sobre el carácter de este extraño éxito. No era tanto de naturaleza novelesca sino que estaba más condicionado por el espíritu de la época. No por ello era, sin embargo, más superficial y efímero, pues se basaba en la simpatía para con el dolor".

Más allá de todo esto –aclarémoslo–, *La montaña mágica* es un libro divertidísimo. Stanley Kubrick, seguro, lo hubiera filmado como se lo merece. Ahora tendremos que rezar –premio consuelo, no hay más remedio– para que algún día los hermanos Joel y Ethan Coen decidan reescribirlo con John Cusack como Hans Castorp y la chica de moda como Clawdia Chauchat.

La monta



Por Thomas Mann

Los ojos azules de Hans Castorp contemplaban la habitación que se había ido quedando vacía. Los pensionistas se habían dispersado. El piano, en el ángulo, ante ellos, no dejaba oír más que algunos sonidos incoherentes; el enfermo de Mannheim tocaba con una sola mano, y a su lado estaba la institutriz sentada, hojeando una partitura que tenía sobre las rodillas. Cuando la conversación entre Hans Castorp y Clawdia Chauchat expiró, el pianista cesó también de tocar, dejando caer sobre sus rodillas la mano que había acariciado el teclado, mientras la señorita Engelhart continuaba mirando sus notas. Las cuatro únicas personas que habían quedado de la fiesta de Carnaval se encontraban sentadas, inmóviles. El silencio duró algunos minutos. Lentamente, a causa de su propio peso, las cabezas de la pareja que estaba cerca del piano parecieron inclinarse más, la del joven de Mannheim hacia el piano, la de la señorita Engelhart hacia la partitura. Finalmente, los dos al mismo tiempo, como si se hubiesen puesto secretamente de acuerdo, se pusieron en pie y, sin ruido, evitando dirigirse hacia el otro lado de la habitación que se hallaba todavía ocupado, con la cabeza y los brazos colgantes, el joven de Mannheim y la institutriz se alejaron juntos, por la sala de correspondencia y de lectura.

Todo el mundo se retira –dijo Mme. Chauchat–. *Eran los últimos. Es tarde. Bueno, la fiesta de Carnaval ha terminado.* –Y elevó los brazos para quitarse con las dos manos el tricornio de papel de su cabellera roja, cuya trenza se hallaba arrollada en torno de la cabeza como una corona–. *Ya conoce usted las consecuencias, señor.*

Pero Hans Castorp objetó, con los ojos cerrados, sin cambiar de posición:

–Jamás, Clawdia. Jamás te trataré de "usted"; jamás en la vida ni en la muerte, si se puede decir de este modo. *Esa forma de dirigirse a una persona, que pertenece al Occidente cultivado y a la civilización humanista, me parece muy burgués y pedante. ¿Para qué las formas? ¡La forma es la pedantería misma! Todo lo que habéis establecido respecto a la moral, tú y tu compañero enfermo, ¿quieres que me cause sorpresa?, ¿crees que soy tonto? Dime, ¿qué piensas de mí?*

–Es un asunto que no da mucho que pensar. Eres un joven convencido, de buena familia, de aspecto agradable, discípulo dócil de sus preceptores, que volverá pronto a las llanuras para olvidar completamente que ha hablado en sueños aquí y para ayudar a hacer grande y poderoso a su país por su trabajo honrado en los astilleros. He aquí tu fotografía íntima, obtenida sin aparato. ¿La encuentras exacta?

–Faltan algunos detalles que Behrens ha encontrado.

–Los médicos encuentran siempre, son entendidos en la materia...

–Tú hablas como Settembrini. ¿Y mi fiebre? ¿De qué procede?

–Vamos, es un incidente sin consecuencias, que pasará pronto.

–No, Clawdia, sabes perfectamente que lo que dices no es verdad, lo dices sin convicción, estoy seguro. La fiebre de mi cuerpo y las palpitaciones de mi corazón enjaulado y el estre mecimiento de mis nervios son lo contrario de u incidente, se trata –y su rostro, pálido, de labio estremecidos, se inclinó hacia el rostro de l mujer–, *se trata nada menos que de mi amor po ti, ese amor que se apoderó de mí en el instant en que mis ojos te vieron, o más bien, que recono cí cuando te reconocí a ti, y es él evidentemente e que me ha conducido a este lugar...*

–¡Qué locura!

–¡Oh! El amor no es nada si no es la locura, un cosa insensata, prohibida y una aventura en el mal Si no es así es una banalidad agradable, buena pa ra servir de tema a cancioncitas tranquilas en la llanuras. Pero que yo te he reconocido y que he re conocido mi amor hacia ti, sí, eso es verdad, yo y te conocí antiguamente, a ti y a tus ojos maravi llosos oblicuos, y tu boca y la voz con que me ha blas; una vez ya, cuando era colegial, te pedí tu lá piz para entablar contigo una relación social, porque te amaba sin razonar, y es por eso sin duda, por mi antiguo amor hacia ti, por lo qu me quedan esas marcas que Behrens ha encontra do en mi cuerpo y que indican que en otro tiem po yo estaba ya enfermo...

Sus dientes rechinaron. Había sacado un pi de debajo del asiento de la silla, que crujía, mien tras iba divagando, y, al avanzar ese pie, con l

¡Oh! El amor no es nada si no es la locura, una cosa insensata, prohibida y una aventura en el mal. Si no es así es una banalidad agradable, buena para servir de tema a cancioncitas tranquilas en las llanuras.

La montaña mágica



Por Thomas Mann

Los ojos azules de Hans Castorp contemplaban la habitación que se había ido quedando vacía. Los pensionistas se habían dispersado. El piano, en el ángulo, ante ellos, no dejaba oír más que algunos sonidos incoherentes; el enfermo de Mannheim tocaba con una sola mano, y a su lado estaba la institutriz sentada, hojeando una partitura que tenía sobre las rodillas. Cuando la conversación entre Hans Castorp y Clawdia Chauchat expiró, el pianista cesó también de tocar, dejando caer sobre sus rodillas la mano que había acariciado el teclado, mientras la señorita Engelhart continuaba mirando sus notas. Las cuatro únicas personas que habían quedado de la fiesta de Carnaval se encontraban sentadas, inmóviles. El silencio duró algunos minutos. Lentamente, a causa de su propio peso, las cabezas de la pareja que estaba cerca del piano parecieron inclinarse más, la del joven de Mannheim hacia el piano, la de la señorita Engelhart hacia la partitura. Finalmente, los dos al mismo tiempo, como si se hubiesen puesto secretamente de acuerdo, se pusieron en pie y, sin ruido, evitando dirigirse hacia el otro lado de la habitación que se hallaba todavía ocupado, con la cabeza y los brazos colgantes, el joven de Mannheim y la institutriz se alejaron juntos, por la sala de correspondencia y de lectura.

Todo el mundo se retira –dijo Mme. Chauchat–. *Eran los últimos. Es tarde. Bueno, la fiesta de Carnaval ha terminado.* –Y elevó los brazos para quitarse con las dos manos el tricornio de papel de su cabellera roja, cuya trenza se hallaba arrollada en torno de la cabeza como una corona–. *Ya conoce usted las consecuencias, señor.*

Pero Hans Castorp objetó, con los ojos cerrados, sin cambiar de posición:

–Jamás, Clawdia. Jamás te trataré de "usted"; jamás en la vida ni en la muerte, si se puede decir de este modo. *Esa forma de dirigirse a una persona, que pertenece al Occidente cultivado y a la civilización humanista, me parece muy burgués y pedante. ¿Para qué las formas? ¡La forma es la pedantería misma! Todo lo que habéis establecido respecto a la moral, tú y tu compañero enfermo, ¿quieres que me cause sorpresa?, ¿crees que soy tonto? Dime, ¿qué piensas de mí?*

–Es un asunto que no da mucho que pensar. Eres un joven convencido, de buena familia, de aspecto agradable, discípulo dócil de sus preceptores, que volverá pronto a las llanuras para olvidar completamente que ha hablado en sueños aquí y para ayudar a hacer grande y poderoso a su país por su trabajo honrado en los astilleros. He aquí tu fotografía íntima, obtenida sin aparato. ¿La encuentras exacta?

–Faltan algunos detalles que Behrens ha encontrado.

–Los médicos encuentran siempre, son entendidos en la materia...

–Tú hablas como Settembrini. ¿Y mi fiebre? ¿De qué procede?

–Vamos, es un incidente sin consecuencias, que pasará pronto.

–No, Clawdia, sabes perfectamente que lo que dices no es verdad, lo dices sin convicción, estoy seguro. La fiebre de mi cuerpo y las palpitaciones de mi corazón enjaulado y el estremecimiento de mis nervios son lo contrario de un incidente, se trata –y su rostro, pálido, de labios estremecidos, se inclinó hacia el rostro de la mujer–, *se trata nada menos que de mi amor por ti, ese amor que se apoderó de mí en el instante en que mis ojos te vieron, o más bien, que reconocí cuando te reconocí a ti, y es él evidentemente el que me ha conducido a este lugar...*

–¡Qué locura!

–¡Oh! El amor no es nada si no es la locura, una cosa insensata, prohibida y una aventura en el mal. Si no es así es una banalidad agradable, buena para servir de tema a cancioncitas tranquilas en las llanuras. Pero que yo te he reconocido y que he reconocido mi amor hacia ti, sí, eso es verdad, yo ya te conocí antiguamente, a ti y a tus ojos maravillosos oblicuos, y tu boca y la voz con que me hablas; una vez ya, cuando era colegial, te pedí tu lápiz para entablar contigo una relación social, porque te amaba sin razonar, y es por eso, sin duda, por mi antiguo amor hacia ti, por lo que me quedan esas marcas que Behrens ha encontrado en mi cuerpo y que indican que en otro tiempo yo estaba ya enfermo...

¡Oh! El amor no es nada si no es la locura, una cosa insensata, prohibida y una aventura en el mal. Si no es así es una banalidad agradable, buena para servir de tema a cancioncitas tranquilas en las llanuras.

Sus dientes rechinaron. Había sacado un pie de debajo del asiento de la silla, que crujía, mientras iba divagando, y, al avanzar ese pie, con la otra rodilla tocaba casi el suelo, de manera que se arrodillaba delante de ella, con la cabeza inclinada y temblando todo su cuerpo.

–Te amo –balbuceó–, *te he amado siempre, pues tú eres el Tú de mi vida, mi sueño, mi destino, mi deseo, mi eterno deseo.*

–¡Vamos, vamos! –dijo ella–. *¡Si tus preceptores te viesen!*

Pero él sacudió la cabeza con desesperación, inclinando el rostro hacia el suelo, y contestó:

–Me tendría sin cuidado, me tienen sin cuidado todos esos Carducci, la República elocuente, el progreso humano en el tiempo, pues ¡te amo!

Ella acarició dulcemente con la mano los cabellos cortados al rape en la nuca.

–Pequeño burgués –dijo–. *Lindo burgués de la pequeña mancha húmeda. ¿Es verdad que me amas tanto?*

Y exaltado por este contacto, ya sobre las dos rodillas, la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, él continuó hablando:

–Oh, el amor, ¿sabes...? El cuerpo, el amor, la muerte, esas tres cosas no hacen más que una. Pues el cuerpo es la enfermedad y la voluptuosidad, y es el que hace la muerte; sí, son carnales ambos, el amor y la muerte, ¡y ése es su terror y su enorme sortilegio! Pero la muerte, ¿comprendes?, es, por una parte, una cosa de mala fama, impúdica, que hace enrojecer de vergüenza; y por otra parte es una potencia muy solemne y muy majestuosa (mucho más alta que la vida riente que gana dinero y se llena la panza; mucho más venerable que el progreso que fanfarronea por los tiempos) porque es la historia, y la nobleza, y la piedad, y lo eterno, y lo sagrado, que hace que nos quitemos el sombrero y marchemos sobre la punta de los pies... De la misma manera, el cuerpo, también, y el amor del cuerpo, son un asunto indecente y desagradable, y el cuerpo enrojece y palidece en la superficie por espasmo y vergüenza de sí mismo. ¡Pero también es una gran gloria adorable, imagen milagrosa de la vida orgánica, santa maravilla de la forma y de la belleza, y el amor por él, por el cuerpo humano, es también un interés extremadamente humanitario y una potencia más educadora que toda la pedagogía del mundo...! ¡Oh, encantadora belleza orgánica que no se compone ni de pintura al óleo, ni de piedra, sino de materia viva y corruptible, llena del secreto febril de la vida y de la podredumbre! ¡Mira la simetría maravillosa del edificio humano, los hombros y las caderas y los senos floridos a ambos lados del pecho, y las costillas alineadas por parejas y el ombligo en el centro, en la blandura del vientre, y el sexo oscuro entre los muslos! Mira los omóplatos cómo se mueven bajo la piel sedosa de la espalda, y la columna vertebral que desciende hacia la doble lujuria fresca de las nalgas, y las grandes ramas de los vasos y de los nervios que pasan del tronco a las extremidades por las axilas, y cómo la estructura de los brazos corresponde a la de las piernas. ¡Oh, las dulces regiones de la juntura interior del codo y del tobillo, con su abundancia de delicadezas orgánicas bajo sus almohadillas de carne! ¡Qué fiesta más inmensa al acariciar esos lugares deliciosos del cuerpo humano! ¡Fiesta para morir luego sin un solo lamento! ¡Sí, Dios mío, déjame sentir el olor de la piel de tu rótula, bajo la cual la ingeniosa cápsula articular segrega su aceite resbaladizo! ¡Déjame tocar devotamente con mi boca la "Arteria femoralis" que late en el fondo del muslo y que se divide, más abajo, en las dos arterias de la tibia! ¡Déjame sentir la exhalación de tus poros y palpar tu vello, imagen humana de agua y de albúmina, destinada a la anatomía de la tumba, y déjame morir con mis labios pegados a los tuyos! No abrió los ojos después de haber hablado. Permaneció sin moverse, la cabeza inclinada, las manos que sostenían el pequeño lapicero de plata separadas, temblando y vacilando sobre sus rodillas. Ella dijo:

De la misma manera, el cuerpo, también, y el amor del cuerpo, son un asunto indecente y desagradable, y el cuerpo enrojece y palidece en la superficie por espasmo y vergüenza de sí mismo.

–Eres, en efecto, un galanteador que sabe solicitar de una manera profunda, a la alemana.

Y le puso el gorro de papel.

–¡Adiós, príncipe Carnaval! ¡Esta noche la línea de tu fiebre será muy mala, te lo predigo!

Al decir esto se levantó de la silla, se dirigió a la puerta, dudó un momento en el umbral, dio media vuelta elevando uno de sus brazos desnudos, con la mano en el pestillo y, por encima del hombro, dijo en voz baja:

–No te olvides de devolverme el lápiz.

Y salió.

De *La montaña mágica* (Plaza y Janés). Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

ña mágica



otra rodilla tocaba casi el suelo, de manera que se arrodillaba delante de ella, con la cabeza inclinada y temblando todo su cuerpo.

–Te amo –balbuceó–, *te he amado siempre, pues tú eres el Tú de mi vida, mi sueño, mi destino, mi deseo, mi eterno deseo.*

–¡Vamos, vamos! –dijo ella–. *¡Si tus preceptores te viesen!*

Pero él sacudió la cabeza con desesperación, inclinando el rostro hacia el suelo, y contestó:

–Me tendría sin cuidado, me tienen sin cuidado todos esos Carducci, la República elocuente, el progreso humano en el tiempo, pues ¡te amo!

Ella acarició dulcemente con la mano los cabellos cortados al rape en la nuca.

–Pequeño burgués –dijo–. *Lindo burgués de la pequeña mancha húmeda. ¿Es verdad que me amas tanto?*

Y exaltado por este contacto, ya sobre las dos rodillas, la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, él continuó hablando:

–Oh, el amor, ¿sabes...? El cuerpo, el amor, la muerte, esas tres cosas no hacen más que una. Pues el cuerpo es la enfermedad y la voluptuosidad, y es el que hace la muerte; sí, son carnales ambos, el amor y la muerte, ¡y ése es su terror y su enorme sortilegio! Pero la muerte, ¿comprendes?, es, por una parte, una cosa de mala fama, impúdica, que hace enrojecer de vergüenza; y por otra parte es una potencia muy solemne y muy majestuosa (mucho más alta que la vida riente que gana dinero y se llena la panza; mucho más venerable que el progreso que fanfarronea por los tiempos) porque es la historia, y la nobleza, y la piedad, y lo eterno, y lo sagrado, que hace que nos quitemos el sombrero y marchemos sobre la punta de los pies... De la misma manera, el cuerpo, también, y el amor del cuerpo, son un asunto indecente y desagradable, y el cuerpo enrojece y palidece en la superficie por espasmo y vergüenza de sí mismo. ¡Pero también es una gran gloria adorable, imagen milagrosa de la vida orgánica, santa maravilla de la forma y de la belleza, y el amor por él, por el cuerpo humano, es también un interés extremadamente humanitario y una potencia más educadora que toda la pedagogía del mundo...! ¡Oh, encantadora belleza orgánica que no se compone ni de pintura al óleo, ni de piedra, sino de materia viva y corruptible, llena del secreto febril de la vida y de la podredumbre! ¡Mira la simetría maravillosa del edificio humano, los hombros y las caderas y los senos floridos a ambos lados del pecho, y las costillas alineadas por parejas y el ombligo en el centro, en la blandura del vientre, y el sexo oscuro entre los muslos! Mira los omóplatos cómo se mueven bajo la piel sedosa de la espalda, y la columna vertebral que desciende hacia la doble lujuria fresca de las nalgas, y las grandes ramas de los vasos y de los nervios que pasan del tronco a las extremidades por las axilas, y cómo la estructura de los brazos corresponde a la de las piernas. ¡Oh, las dulces regiones de la juntura interior del codo y del tobillo, con su abundancia de delicadezas orgánicas bajo sus almohadillas de carne! ¡Qué fiesta más inmensa al acariciar esos lugares deliciosos del cuerpo humano! ¡Fiesta para morir luego sin un solo lamento! ¡Sí, Dios mío, déjame sentir el olor de la piel de tu rótula, bajo la cual la ingeniosa cápsula articular segrega su aceite resbaladizo! ¡Déjame tocar devotamente con mi boca la "Arteria femoralis" que late en el fondo del muslo y que se divide, más abajo, en las dos arterias de la tibia! ¡Déjame sentir la exhalación de tus poros y palpar tu vello, imagen humana de agua y de albúmina, destinada a la anatomía de la tumba, y déjame morir con mis labios pegados a los tuyos! No abrió los ojos después de haber hablado. Permaneció sin moverse, la cabeza inclinada, las manos que sostenían el pequeño lapicero de plata separadas, temblando y vacilando sobre sus rodillas. Ella dijo:

–Eres, en efecto, un galanteador que sabe solicitar de una manera profunda, a la alemana.

Y le puso el gorro de papel.

–¡Adiós, príncipe Carnaval! ¡Esta noche la línea de tu fiebre será muy mala, te lo predigo!

Al decir esto se levantó de la silla, se dirigió a la puerta, dudó un momento en el umbral, dio media vuelta elevando uno de sus brazos desnudos, con la mano en el pestillo y, por encima del hombro, dijo en voz baja:

–No te olvides de devolverme el lápiz.

Y salió.

De la misma manera, el cuerpo, también, y el amor del cuerpo, son un asunto indecente y desagradable, y el cuerpo enrojece y palidece en la superficie por espasmo y vergüenza de sí mismo.

De *La montaña mágica* (Plaza y Janés). Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

bacon

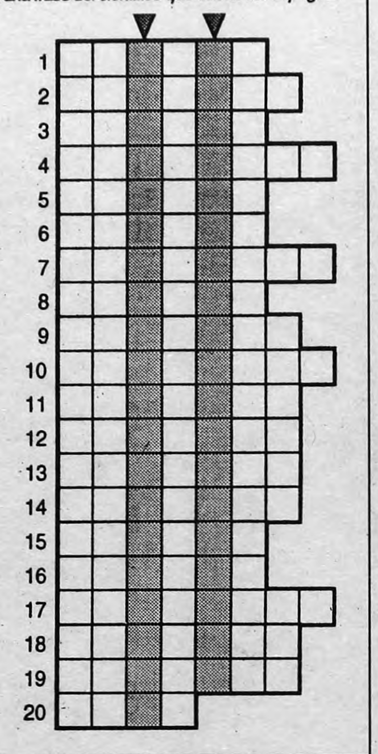
Encuentre las palabras definidas, ayudándose con la lista de sílabas que figura al pie, y escríbalas en el esquema. Al terminar podrá leer, en las columnas señaladas, una frase del científico que encabeza la página.

DEFINICIONES

1. Ave mensajera.
2. De la Italia antigua.
3. Espíritu travieso.
4. Que se dedica a pescar.
5. Golpe dado con la mano debajo de la papada.
6. Tomar aumento natural un ser orgánico.
7. Discurso molesto e inoportuno.
8. Región del N.E. de España.
9. Sensitivo, lujurioso.
10. Aderezado, condimentado.
11. Manta de abrigo para la cama.
12. Matar a muchos.
13. Lengua italiana.
14. Andar de una parte a otra.
15. Provocar, originar.
16. Arbol muy común en Europa.
17. Comprender en su extensión.
18. Decrecer o disminuir una tormenta.
19. Parte exterior de un edificio.
20. Una de las colinas de Jerusalén.

LAS PALABRAS SE FORMAN CON ESTAS SILABAS

A, a, a, am, bu, ca, ca, cau, ce, cer, co, con, cre, cha, da, da, de, diez, do, dor, duen, fa, fra, gón, i, lar, ler, li, lo, ma, mai, mar, na, nar, ner, no, pa, pa, pe, pes, po, ra, ra, ro, sa, sar, sen, Sion, so, sual, ta, tá, te, tos, za, zo.

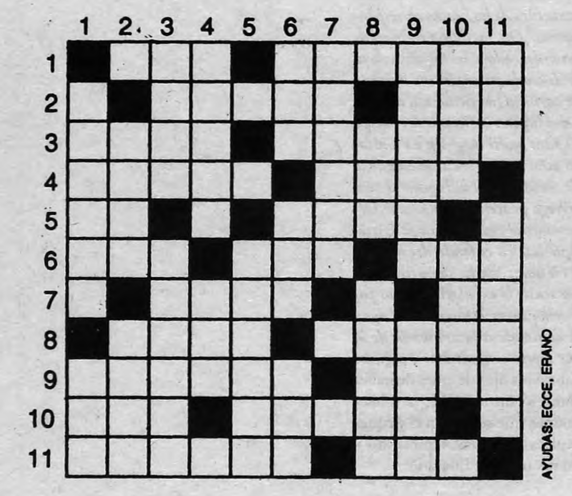


cruci - clip

Anote las palabras siguiendo las flechas

- MAMÍFERO RUMIANTE, PARECIDO A LA LLAMA
- CIUDAD VASCA
- ENTABLADO MOVIBLE DE MADERA
- PONED AL FUEGO UN MANJAR
- PÁJAROS
- ABREVIADO, HERMANOS
- DE SUMA IMPORTANCIA
- IMAGINEN, INVENTEN
- REDONDEL DE LA PLAZA DE TOROS
- CONCURRIRÁS
- (... EL TERRIBLE) ZAR
- PERSONA QUE HACE DE MÉDICO SIN SERLO
- JUNTAD
- VIGÉSIMA LETRA EN PLURAL
- MEJOREN LA OFERTA EN UNA SUBASTA
- EMPUJA CON LOS REMOS
- PREFIJO: TRES
- ACUSADO DE UN DELITO
- SIMULAR, FINGIR
- ARBOLES DE MADERA NEGRA
- CIUDAD DE ESPAÑA
- FRUTO DE LA HAYA
- MOSCA AFRICANA
- NO ENTREMOS EN DETALLES
- JALÓN, HECHO IMPORTANTE
- OTORGABA UNA PENSIÓN PARA ESTUDIOS
- PERCIBAN CON LA VISTA
- (... CONNERY) ACTOR ESCOCÉS
- AVE TREPADORA AMERICANA
- BISONTE EUROPEO
- (... MONTAND) ACTOR FRANCÉS
- OBJETO PARA DIVERTIR A UN NIÑO
- ELEVAR UNA PLEGARIA
- VIVIENDA, DOMICILIO
- CONTRAPONEN

crucigrama



HORIZONTALES

1. Duque (voz francesa)./ Poco o muy poco.
2. Severidad, dureza./ (....-Mahal) Monumento de la India.
3. Ponga juntas dos o más cosas./ Vuelo corto.
4. En la antigua Grecia, comida que los comensales pagaban a escote./ Tela de lana muy tupida.
5. Rubidio./ Ligero, liviano.
6. Vocal en plural./ En ciertos deportes, tanto./ Elemento de pesca.
7. Sustancia de la orina./ Cerio.
8. El que no cree en dioses./ Palo alto que sirve para caminar.
9. Sacar una cosa de otra./ Pasas la vista por lo escrito.
10. Gran extensión de agua salada./ (Voz francesa) Primera presentación de un espectáculo.
11. Mineral que atrae al hierro (pl.)./ Tratamiento de respeto que se antepone al nombre de pila.

VERTICALES

1. (Se) Se desplomaría./ Compañía discográfica que en la Argentina está unida a la Odeón.
2. Ciudad populosa./ (Adolphe) Autor del ballet "Giselle".
3. Caja en que se depositan los sufragios./ Costura con que se unen los labios de una herida.
4. Lodo blando./ Record, orden de grabar.
5. Forma teórica de la Tierra
6. Abreviatura de "noviembre"./ Alabanza, elogio./ Cabeza de ganado.
7. Lámina de cobre que imita al oro.
8. Líneas Aéreas Venezolanas./ Estado en que el ser vivo ejerce sus funciones naturales en perfecta armonía.
9. Tocar o pertenecer./ Puro, sin mezcla.
10. Cubo con puntos en sus caras, usado para juegos de azar./ (Homo) Imagen de Jesucristo.
11. Desluce, manosea./ Ideático.

soluciones

bacon

1. PALOMA/ 2. ITALICO/ 3. DUENDE/ 4. PESCADOR/ 5. SOPAPO/ 6. CRECER/ 7. PERORATA/ 8. ARAGON/ 9. SENSUAL/ 10. SAZONADO/ 11. FRAZADA/ 12. DIEZMAR/ 13. TOSCANO/ 14. AMBULAR/ 15. CAUSAR/ 16. ALERCE/ 17. CONTENER/ 18. AMAINAR/ 19. FACHADA/ 20. SION.
"La esperanza es buena comida, pero una mala cena." Bacon

cruci - clip

crucigrama